ENCICLOPEDIA

PORTATIL

NACIONAL Y ESTRANJERA.

232

POESIAS

DEL CIUDADANO

JOSE M. HEREDIA,

MINISTRO DE LA AUDIENCIA DEL

ESTADO DE MÉXICO.

MEXICO.

Tipografía de Rafael y Vilá, calle de Cadena núm. 13.

1852.

NOTICIA

DE

D. JOSÉ M. HEREDIA.

Todos conocen cuán difícil y comprometido es dactar la biografía de un contemporáneo, pues los elogios que se le hagan pueden creerse adulaciones, y él puede recibir como ofensas los defectos que se le censuren. Convencidos íntimamente de esta verdad, y asímismo de nuestra falta de conocimientos para discutir el mérito de las poesías del Sr, Heredia, nos limitarémos á dar algunos apuntes acerca de su vida, y á insertar la siguiente carta del Sr. D. Alberto Lista.

" Madrid 1.° de Enero de 1828.—Sr. D. Domingo del Monte.—Mi amigo y señor: He leido con sumo placer la poesía del señor Heredia, que vd. me cedió; mas no he aceptado con la misma satisaccion el encargo de manifestar mi juicio acerca

de ellas. Ni mi edad, ni las severas ocupaciones de mi profesion permiten que sea juez á propósito en materia de literatura quien ya solo conserva reminiscencias de las musas y de su arte divino. Mas al fin cumpliré este encargo, si no como debiera, á lo menos como me lo permita el sitio que me tienen puesto las fórmulas algebraicas y los teoremas de Euclídes. Yo juzgo en primer lugar por el sentimiento, anterior á toda crítica, que han escitado en mí las composiciones del Sr. Heredia. Este sentimiento decide del mérito de ellas. El fuego de su alma ha pasado á sus versos, y se trasmite á los lectores: toman parte en sus penas y en sus placeres: ven los mismos objetos que el poeta, y los ven por el mismo aspecto que él. Siente y pinta, que son las dos prendas mas importantes de los discípulos del grande Homero: esto es decir que el Sr. Heredia es un poeta, y un gran poeta. Despues de este reconocimiento, espero que será lícito hacer una observacion importante, y que por desgracia suelen desdeñar las almas volcánicas, como es la del poeta que examinamos. No basta la grandeza de los pensamientos; no basta lo pintoresco de la espresion; no basta la fluidez y valentía de la versificacion: se exije ademas del poeta una correccion sostenida, una elocucion que jamas se roce con lo vulgar ó familiar; en fin, no basta que los pensamientos sean poéticos; es preciso que el idioma sea siempre correcto, propio, y que jamas se encuentren en él espresiones, que lastimando el oido, ó estraviando la imajinacion, impidan el efecto entero que el pensamiento debia producir.—No despreciemos, pues, las observaciones gramaticales: son mas filosóficas de lo que se cree comunmente: ellas contribuyen maravillosamente á la espresion del pensamiento: y cuando se ha concebido un pensamiento sublime ó bello, ¿qué resta que hacer al escritor, sino espresarlo debidamente?—El Sr. Heredia ha escrito arrebatado de su genio: mas de las composiciones que contienen su bella coleccion, hay muy pocas que hayan probado la severidad de la lima. Todo lo que hay bueno en ellas, que es lo mas, es hijo de la inspiracion: mas yo no quisiera encontrar en ellas incorreccion alguna, que pertubara el placer de su lectura. Yo me atrevo á aconsejarle el *multa litura* Horacio.—Descendamos ya á algunos ejemplos, que justifiquen mi crítica: al hombre de genio bastan las observaciones generales: por eso me detendré muy poco en los casos particulares. 1.° En cuanto al lenguaje, he notado algunas espresiones, cuyo orígen francés les quita el derecho de penetrar en nuestra poesía: tales son: *¡salud!* por *salve*, como han dicho nuestros buenos poetas: *resorte*, *cavar el sepulcro* y alguna otra.—2.° En cuanto al lenguaje poético, he tropezado tam

con locuciones que son muy cercanas á la prosa: tales son *apretar* por *estrechar*, y *cuento diez y siete años*, verso donde se reune el prosaismo á la cacofonía: *que se partia*, en la oda la *prenda de fidelidad: que la calumnia se dispare; mis proyectos criminales; mi Lesbia me ama: por eso me huye etc.* Todas las construcciones de esta especie, vulgares ó de mal sonido, deben evitarse cuidadosamente en la poesía. *Judicium aurium superbum*, decia Quintiliano.—3.° En los versos quisiera yo mas elasticidad y menos corriente.

" Al lucir de tus ojos celestes
Y de tu habla divina el acento,
Se aliviaron mis penas un tanto."

Estos versos son débiles.

" Mi único placer y gloria
Es amar y ser amado."

Son débiles y comunes.—4.° Quisiera un poco de mas cuidado en las metáforas. *Cortar los dolores; el* CANDOR *celestial* DE TU FIGURA: *la* ANGUSTIA *y* LLANTO.... *del viento en las alas rápidos* VUELAN: *se suma entre dolor: á languidez y enfermedad ligado: armados de.... alta constancia: encargar herencia sangrienta: arrastrar pesares y amarguras: húmeda llama*, en el Mérito de las mugeres, y otras locuciones de esta especie, anuncian al discípulo de Cienfuegos, gran maestro de sentir y pensar; pero modelo muy peligroso por su osadía en el arte de espresar los pensamientos. Es menester no olvidar que el idioma tiene derechos, con los cuales el genio tiene que transijir, pero que nunca puede violar.—No hablo de algunas locuciones duras y forzadas, ó de versos inarmoniosos, porque estoy seguro que la lima y correccion acabará fácilmente con ellos, cuando el autor emprenda la segunda edicion de sus poesías.—No he querido, de propósito, notar las bellezas, y sí los defectos, porque éstos son pocos, y las bellezas abundan en toda la coleccion. Basta decir, que á escepcion de los defectos ya notados, que no son muy comunes, y de los cuales están libres no solo trozos, sino tambien composiciones enteras, lo demas de la coleccion me ha parecido escelente. Si he sido demasiado severo, atribúyalo vd. á mis cincuentra y tres años, á la maldita hipotenusa, y mas que todo el deseo de destruir el pésimo efecto que las poesías de Cienfuegos han hecho en todas las almas ardientes, tanto en materias políticas como en literarias. Una exaltacion siempre permanente, quiere violar á un mismo tiempo las reglas del mundo social y las del Parnaso. Ya es ocasion de poner un freno saludable á esta licencia, que deslumbra los corazones incautos con el nombre de libertad.—Queda de vd. como siempre su afectísimo Q. S. M. B.—*Alberto Lista.*

El Sr. Lista llama al Sr. Heredia *un gran poeta:* creemos, pues, que nadie nos llevará á mal, el que

conformándonos enteramente con su respetable juicio, le juzguemos digno de que el público tenga algunas noticias acerca de su vida.

D. José María Heredia nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803, siendo sus padres el Dr. D. José Francisco y Doña Merced de Heredia. De edad de dos años pasó con sus padres á la Florida, y de allí en 1810 á la Habana y Santo Domingo, y dos años despues á Valencia en Venezuela, de cuya audiencia era oidor su padre. Las vicisitudes de la guerra de independencia le hicieron andar errante y perseguido por la desgracia en aquel país, hasta que en 1816 fué á Caracas, donde estudió filosofía. Al espirar el año de 1817 se embarcó para la Habana, de paso para México, á donde venia destinado su padre como alcalde del crímen; y habiéndose detenido allí mas de lo que creia, comenzó á estudiar jurisprudencia en aquella universidad. A principios de 1819 vino á México, adonde continuó sus estudios; pero su padre murió á fines de 1820, y se volvió á la Habana con su familia. Este golpe fué muy sensible para nuestro poeta, pues su padre era un padre tierno en estremo, y por otra parte poseia todo el amor y confianza de su hijo. Desde esta fecha residió el Sr. Heredia en Matanzas. En Junio de 1823 se recibió de abogado en Puerto Príncipe, y en Noviembre del mismo año tuvo que salir prófugo para Boston, por hallarse implicado en una conspiracion para la independencia; por lo que al fin del año siguiente le condenó la audiencia de Cuba á estrañamiento perpetuo de aquella isla. Se puede considerar al Sr. Heredia como víctima de su amor á la libertad, pues este esfuerzo en favor de la independencia de su patria le ha acarreado los sinsabores y desgracias que han amargado el resto de sus dias. Durante su permanencia en los Estados-Unidos, en 1824, dirijió al Niágara estas palabras:

¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes ajitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

En 1825 dió á luz la primera edicion de sus poesías en Nueva-York. En Agosto del mismo año volvió á ésta República, invitado en los términos mas lisonjeros por el presidente Victoria, quien á principios del año siguiente le nombró oficial 5.° de la 1.ª secretaría de Estado.—Por esta época publicó la traduccion del Sila de Jouy.—Sus relaciones amistosas con D. Lorenzo Zavala le indujeron luego á entrar al servicio del Estado de México en Mayo de 1827: fué nombrado juez de primera instancia de Cuernavaca, y se casó en Setiembre del mismo año. En él publicó el *Tiberio* de Chenier. En Diciembre del siguiente fué promovido á fiscal de la audiencia, en la que obtuvo plaza de magistrado por Enero de 1831. En 1829 publicó *Los últimos Romanos* y comenzó el *Miscelánea*, que concluyó en 1832, en que dió á luz las *Lecciones de Historia*. En 1833 fué electo di

putado á la legislatura de México, en la que solo estuvo unos cinco meses, pues renuncói la diputacino. En este año publicó en Toluca la segunda decion de sus poesías, 2 tomos. Volvió á la audenicia, y allí permanecío hasta Júlio último, en que la suprema corte de justicia le dejó sin destino al formar el nuevo tribunal superior, por faltarle el requisito constitucional del nacimiento. En Noviembre de 1836 logró volver á su patria, aunque solo por pocos dias, y saludó su vuelta al mar con la ternura de un amigo:

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi lecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!...¡Dulce á mi oido
Es tu sublime música, Oceáno!
¡Oh cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulacion, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!

¡Augusto primogénito del cáos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno:
Y al empezar el mundo su carrera
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas ajitadas
El solemne rujido.

Sin duda nuestro poeta ha visto en el mar una viva imájen de la inconstante fortuna de su vida, pues como él mismo dice en el Prólogo de la segunda edicion de sus poesías: "A los veinticinco años habia sido ya abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta."

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
Decidme siempre que mi Lesbia es firme;
Decid que nunca romperá su voto,
Pérfida y falsa.
¡Oh, cuánto el alma de dolor sentia,
Cuánto mi pecho la afliccion rasgaba,
Cuadno la hermosa con dolientes ojos
Viéndome, dijo:
"Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda,
"Toma este rizo que mi frente adorna....
"Toma esta prenda de constancia pura....
"Guárdala fino!"
A donde quiera que la suerte cruda
Me arrastre, ¡oh rizo! seguirásme siempre,
Y de mi Lesbia la divina imájen
Pon á mis ojos.
Tú me recuerda los felices dias
De paz y amor, que fugitivos fueron,
Cual débil humo de aquilon al soplo
Tórnase nada.
¡Oh, cuántas veces su cabello rubio,
Al blando aliento de la fresca brisa,
Veloz ondeaba, y en feliz desórden
Vino á mi frente!
La luna amiga con su faz serena
Mil y mil veces presidió mi dicha....
Memoria dulce de mi bien pasado,
Sé mi delicia. (Abril de 1819.)

A ELPINO.

Feliz, Elpino, el que jamas conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria.
¡Ay, si ventura tal contar pudiera. . . .!
Tú, empero, partes, y á la dulce patria
Tornas. . . . ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡Oh, cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa,
Al terrible azotar del Océano,
Responde largamente! Sí; la vista
De sus ondas fierísimas, hirviendo
Bajo huracan feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiracion, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo,
Al vórtice rugiente me lanzara.
¡Oh, cómo palpitante saludara
Las dulces costas de la patria mia.
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del Mediodía!
Al fin llegado al anchuroso puerto,
Volando á mi querida,
Al ajitado pecho la estrechara,
Y á su boca feliz mi boca unida,
Las pasadas angustias olvidara.
Mas ¿á dónde me arrastra mi delirio?
Partes, Elpino, partes, y tu ausencia

De mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ay Dios! ahora
Hablaré de mi patria y mis amores
Y aliviaré gimiendo mis dolores?
El bárbaro destino,
De Texcoco en las márgenes ingratas
Me encadena tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿No tornaré yo á verte. . . ?
Adios, amigo: venturoso presto
A mi amante verás. . . . Elpino, dila
Que el mísero Fileno
La amará hasta morir. . . . Dila cuál gimo
Lejos de su beldal, y cuántas veces
Regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntala de mi frente, ya marchita,
La palidez mortal. . . .
Adios, Elpino:
Adios, y sé feliz. Vuelve á la patria,
Y cuando tu familia y tus amigos
Caricias te prodiguen, no perturbe
Tu cumplida ventura
De Fileno doliente la memoria.
Mas luego no me olvides, y piadoso,
Cuando recuerdes la tristeza mia,
Un suspiro de amor de allá me envía.

(1819).

EL RIZO DE PELO.

Rizo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitigarás.
De torpe olvido
Ni un solo instante
Al pecho amante
Permitirás.
En el punto fatal de mi partida,
¡Oh Dios! ví á mi adorada,
La ví, Deliso, en lágrimas bañada,
La cabellera al aire desparcida....
Nunca, Deliso, nunca tan hermosa
La ví. *¡Partes!* me dijo moribunda,
Los bellos ojos trémula fijando
En mi faz dolorosa:
Parto, dije, y el labio balbuciente
No pudo proseguir, y los sollozos
Suplieron á la voz, y tristemente
Por el aire sonaron. Ella entonces,
Quitando un rizo á su cabello de oro,
Con tiernísima voz, *Toma*, decia,
Guárdale ¡ay Dios! para memoria mia...
¡Oh parte de mi bien! ¡oh mi tesoro!
Ven á mis labios, ven. Será mi pecho
Tu mansion duradera

Solo consuelo que la suerte fiera
En mi mal me dejó, y al contemplarte,
Diré vertiendo lágrimas ardientes:
Feneció mi alegría:
Feneció la ventura y gloria mia!
Ven, ¡oh rizo! á mis labios y seno:
¿Sientes, dí, su latir afanoso?
Pues lo causa tu dueño amoroso,
Prenda fiel de firmeza y amor.
Mis amargas insomnias alivia,
Y en mi llanto infeliz te humedece:
¡Oh! ¡cuán larga la noche parece,
Cuando vela gimiendo el dolor!

(1819.)

A MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.
Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mio.
¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible

El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué le resta?—Tedio y amargura.
¡Este viento del Sur...! ¡ay, me devora!
¿Si pudiera dormir...? En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.
¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos, ¡ay! quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil; y quizá benigno,
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.
Débate yo tan dulce refrigerio....
Mas otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad y mi delirio,
Al contemplar mis piés ensangrentados,
Y tus hijares ¡ay! despedazados.
Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados.... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No aguardes, no, la devorante espuela:
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

(1821).

LA INCONSTANCIA.

A Don Domingo Delmonte.

En aqueste pacífico retiro,
Lejos del mundo y su tumulto insano,
Doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
A la muger infiel... ¡Oh! si del alma
Su bella imájen alejar pudiese,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo tranquilo,
De amistad en el seno,
Gozara paz y plácida ventura,
De todo mal y pesadumbre ajeno!
¡Amor ciego y fatal...! Ahora la tierra
Encanta con su fresca lozanía.
Por detras de los montes enriscados,
El almo sol en el sereno cielo,
De azul, púrpura y oro arrebolado,
Se alza con majestad: brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío
Relucen á la vez.... Salud, ¡oh padre
Del sér y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar á tí no siente el alma
Llena de inspiracion..? ¡Salve! Tu carro
Lanza veloz por la celeste esfera,
Y vida, fuerza y juventud lozana
Vierta en el mundo tu inmortal carrera.

Vuela, y muestra glorioso al universo
El almo Dios, que en tu fulgor velado,
Sin principio ni fin....—¿Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en mi rostro corre
Esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
El entusiasmo espléndido y sublime,
Que á gozar y admirar me arrebataba?
¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,
Si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
Veré la tierra en esplendor bañada,
Al vislumbrar de la fulgente luna,
Y no seré feliz: no embebecida
El alma sentiré, cual otro tiempo,
En mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor: hoy afijido
Solamente diré: "No mi adorada,
"En tal contemplacion embelesada,
"A mí dirijirá sus pensamientos."
De aquestas cañas á la blanda sombra
Recuerdo triste mi placer pasado,
Y me siento morir: lánguidamente
Grabo en el tronco de la tersa caña
De Lesbia el nombre, y en delirio insano
Gimo, y le cubren mis ardientes besos.
Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa
Mil y mil veces halagó la mia,
Hundió el puñal en mi confiado pecho
Con torpe engaño y con mudanza impía.

Héme juguete de la suerte fiera,
De una pasion tirana subyugado,
Abatido, infeliz, desesperado,
El triste espectro de lo que antes era
¡Oh pérfida muger! ¡cómo pagaste
El afecto mas fino!
Bajo rostro tan cándido y divino
¿Tan falso corazon pudo velarse?
Tú mi loca pasion ¡ay! halagabas,
Y feliz te dijiste en mis amores.
Aunque el hado tirano
En mi alma tierna y pura
Verter quisiese cáliz de amargura,
¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?
Cuando el fatal prestigio con que ahora
La juventud y la beldad te cercan
Haya la parca atroz desvanecido,
Para salvar tu nombre del olvido,
El triste amor de tu infeliz poëta
Será el único timbre de tu gloria.
La mitad del laurel que orne mi tumba
Entonces obtendrás; y de tus gracias
Y de tu ingratitud y mi tormento
Prolongará mi canto la memoria.
¡Hermosura fatal! tú disipaste
La brillante ilusion que me ocultaba
La corrupcion universal del mundo,
Y la vida y los hombres á mis ojos

Presentaste cual son. ¡Dónde volaron
Tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
Así olvidarte de tu amor primero?
¡Si así olvidase yo...! Mas ¡ay! el alma
Que fina te adoró, falsa te adora.
No vengativo anhelaré que el cielo
Te condene al dolor: sé tan dichosa
Cual yo soy infeliz: mas no mi oïdo
Hiera jamas el nombre aborrecido
De mi rival, ni de tu voz el eco
Torne á rasgar la ensangrentada herida
De aqueste corazon: no á mirar vuelva
Tu celeste ademan, ni aquellos ojos,
Ni aquellos labios do letal ponzoña
Ciego bebí... ¡Jamas!—Y tú en secreto
Un suspiro á lo menos me consagra,
Un recuerdo....—¡Ah cruël! No te maldigo,
Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.

[*Julio de* 1821.]

LA CIFRA.

¿Aun guardas, árbol querido,
La cifra ingeniosa y bella
Con que adornó mi adorada
Tu solitaria corteza?

Bajo tu plácida sombra
Me viste evitar con Lesbia
Del fiero sol meridiano
El ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
Pagaba mi fé sincera,
Y en tí enlazó nuestros nombres
De inmortal cariño en prenda.
¡Su amor pasó, y ellos duran,
Cual dura mi amarga pena....!
Deja que borre el cuchillo
Memorias ¡ay! tan funestas.
No me hables de amor: no juntes
Mi nombre con el de Lesbia,
Cuando la pérfida rie
De sus mentidas promesas,
Y de un triste desengaño
Al despecho me condena.

(1821.)

MISANTROPIA.

¡Qué triste noche. . . ! Las lejanas cumbres
Acumulan mil nubes pavorosas,
Y el lívido relámpago ilumina
Su densa confusion... Calma de fuego
Me abruma en derredor, y un eco sordo,

Siniestro, vaga en el opaco bosque.
Oigo el trueno distante. . . . En un momento
La horrenda tempestad va á despeñarse:
La presagia la tierra en su tristeza.
Tan fiera confusion en armonía
Siento con mi alma desolada. . . . ¿El mundo
Padece como yo. . . ?
Muger funesta,
¡Ay! me perdiste para siempre. . . . En vano
Me esfuerzo á reanimar del alma mia
El marchito vigor: tú el universo
Desfiguraste para mí. . . . Ni echarte
De la memoria lograré. Tu imájen
Me persigue, causándome deleite
Funesto, amargo, como la sonrisa
Que suele estar helada entre los labios
De una belleza pálida en la tumba.
¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba. . . .
¿Quién me venció en amar? Vosotras fuísteis
Mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,
En vuestra dulce y celestial sonrisa
Duplicaba mi sér; y circundado
Por atmósfera ardiente de ventura,
Abjuré la razon, quebré insensato
De mi enérgica mente los resortes,
Y á solo amaros consagré mi vida.
¡Qué horrible pago recibí. . . ! ¡Oh hermosas!
Me hicísteis infeliz, y yo no os amo. . . .

Ni puedo amar la vida sin vosotras.
Así en horrible confusion perdido
Vago insano y furioso. Desecado
Siento mi corozon, huyo á los hombres,
Y hasta la luz del sol ya me fatiga.
¡Ay! se apagó mi fantasía: vago,
Espectro gemidor, junto al sepulcro.
Mas amo á veces mi afliccion; me gozo
En el llanto de fuego que me alivia.
Felices ¡ay! los que jamas probaron
El gozo del dolor. . . !
¿Do están los tiempos
De mi felicidad, cuando mi mente
De la vasta creacion se apoderaba
Con noble ardor? En medio de la noche
En la gran soledad del Océano
Suspenso entre el abismo y las estrellas,
¡Cuán fuertes y profundos pensamientos
Mi mente concibió! ¡Cómo reia
El universo de beldad ornado
Ante mis ojos! ¡Cómo de la vida
Me sentí en posesion...! Mas hoy.... ¡cuitado!
Juhgan turbada mi razon. . . . ¡Oh necios!
¿Del amor os quejais, y en vuestras frentes
Brilla de juventud la fresca rosa
Sin marchitarse? Contemplad la mia,
Profundamente del dolor hollada,
Y aprended á sentir.—Mas no me atienden,

Y maldiciendo mi semblante adusto,
Insocial y selvático me llaman.
Porque no sé para fingir sonrisa
Dar á mis labios contorsion violenta
Cuando mi alma rebosa en amargura,
Imputan á feroz misantropía
Mi amor de soledad. . . . ¡Oh! si pudieran
Bajo el agreste velo que la cubre
Sentir de mi alma la ternura inmensa,
Tal vez me amaran. . . . Pero no: tan solo
Injuriosa piedad ó vil desprecio
En sus almas de fango escitaria.
Dejadme, pues, que oculte mis dolores
En esta soledad. Arboles bellos,
Que al soplo de los vientos tempestuosos
Sobre mi frente os agitais, mañana
Vendrá á lucir el sol en vuestras copas
Con gloria y majestad: mas á mi alma
De borrasca furiosa combatida,
No hay un rayo de luz. . . . Entre vosotros
Buscaré alguna calma, y de los tristes
Invocaré al amigo, al dulce sueño.

(Agosto de 1821.)

MEMORIAS.

Recuerda los bellos dias
En que tímido y sincero,
El homenaje primero

Entre la convulsion de la natura,
Y con ella partiera
Mi exaltado placer y mi locura!
O en la noche serena,
Los aromas del campo respirando,
En su divino hablar me embebeciera;
En su seno mi frente reclinando,
Palpitar dulcemente le sintiera;
Y envuelto en languidez abrasadora,
Un beso y otro y mil la diera ardiente,
Y al ajitado seno la estrechara,
Mientras la luna en esplendor bañara
Con un rayo de luz su tersa frente.
¡Oh sueño engañador y delicioso!
¿Por qué mi acalorada fantasía
Llenas de tu ilusion? La mano impía
De la suerte cruel negó á mi pecho
La esperanza del bien: solo amargura
Me guarda el mundo ingrato,
Y el cáliz del dolor mi labio apura.

(1822)

A LOLA, EN SUS DIAS.

Vulve á mis brazos, deliciosa lira,
En que de la beldad y los amores
El hechizo canté. Sobrado tiempo
De angustias y dolores